

Notas para el debate.

LA GLOBALIZACION TRUNCADA DE AMERICA LATINA, LA CRISIS DEL ESTADO-NACION Y EL COLAPSO NEOLIBERAL.

Manuel Castells. Mayo 2004

Introducción

Estamos viviendo, desde hace más de una década, una transformación histórica multidimensional definida por la transformación del sistema productivo, del sistema organizativo, del sistema cultural y del sistema institucional, sobre la base de una revolución tecnológica que no es la causa pero sí el soporte indispensable. Hay que analizar esta transformación sobre el doble eje de la dinámica emergente de ese sistema y de la oposición de actores sociales y políticos, así como de individuos en torno una dinámica de oposición fundada en identidades autónomas. El sistema político-institucional se define a partir de esta oposición. Tiene expresión específica mundial pero también núcleos comunes.

En términos de práctica social, el nuevo sistema productivo ha sido identificado como globalización. Pero también es esencial, en la dinámica de transformación, la construcción de identidad a través de la cual las personas constituyen su sentido. En torno a ese choque entre globalización capitalista e identidad propia, se construye la dinámica del estado, una dinámica caracterizada por la crisis del estado-nación y la emergencia del estado-red. Veamos los distintos elementos de este análisis, especificándolos para América Latina. Se trata de un proceso que, como veremos, está marcado, recordando el término clásico de Fernando Fanjzylber, por la globalización truncada de América Latina.

INFORMACIONALISMO Y GLOBALIZACION: REDES DE CAPITAL, DE PRODUCCION, DE TECNOLOGIA Y DE MERCADOS.

Informacionalismo: productividad, competitividad, eficiencia, comunicación, poder, a partir de la capacidad tecnológica de procesar información y generar conocimiento. Las tecnologías base. No determinan pero son indispensables para el nuevo sistema.

Globalización no es sinónimo de internacionalización. En sentido estricto es el proceso resultante de la capacidad de ciertas actividades de funcionar como unidad en tiempo real a escala planetaria. Es un fenómeno nuevo porque solo en las dos últimas décadas del siglo XX se ha constituido un sistema tecnológico de sistemas de información, telecomunicaciones y transporte, que ha articulado todo el planeta en una red de flujos en las que confluyen las funciones y unidades estratégicamente dominantes de todos los ámbitos de la actividad humana. Así, la economía global no es, en términos de empleo, sino una pequeña parte de la economía mundial. Pero es la parte decisiva. La economía global incluye, en su núcleo fundamental, la globalización de los mercados financieros, cuyo comportamiento determina los movimientos de capital, las monedas, el crédito y por

tanto las economías en todos los países. Los mercados de divisas cambian diariamente 2,3 billones de dólares, haciendo imposible para cualquier gobierno sostener su divisa en contra de turbulencias masivas de los mercados financieros. El desarrollo y creación de sofisticados productos financieros (derivados, nuevos tipos de futuros, opciones etc.) articulan valores bursátiles en distintos mercados, estableciendo su interdependencia a través de transacciones electrónicas que mueven miles de millones de dólares en segundos. Según algunos cálculos, el valor de mercado de la capitalización del total de productos financieros derivados en 1998 era equivalente a 12 veces el valor estimado del producto bruto total del planeta. No hay, hoy por hoy, control o regulación de los flujos globales de capital, lo que convierte a todas las economías, en dependientes del comportamiento de los valores de sus empresas, acciones y obligaciones, en los mercados financieros. La globalización de la economía también incluye la importancia creciente del comercio internacional en el crecimiento económico, el aumento considerable de la inversión extranjera directa, la globalización de una parte esencial de la producción de bienes y servicios en torno a empresas multinacionales y a sus redes auxiliares, la interpenetración internacional de mercados de bienes y servicios, la formación de un mercado global de trabajadores de especial cualificación (de los ingenieros de software a los futbolistas) y la importancia de las migraciones internacionales de mano de obra desplazada por las crisis económicas hacia zonas con mayores oportunidades de empleo y progreso. Junto a la globalización económica en sentido estricto, asistimos también a la globalización de la ciencia, la tecnología y la información; la globalización de la comunicación, tanto en los medios de comunicación masiva y multimedia, como en las nuevas formas de comunicación a través de Internet; y, en una dimensión mas siniestra, la globalización del crimen organizado tiende a penetrar las instituciones de gobiernos en numerosos países, con efectos perversos considerables sobre la soberanía y la legitimidad políticas.

El nuevo sistema global que se constituye a partir de redes de intercambio y flujos de comunicación es a la vez extremadamente incluyente y extremadamente excluyente. Incluyente de todo lo que tiene valor según los códigos dominantes en los flujos y excluyente de todo aquello que, según dichos códigos, no tiene valor o dejar de tenerlo. En la medida en que la globalización se ha desarrollado, esencialmente, como instrumento de articulación de mercados capitalistas, la rentabilidad económica (ya sea mediante ganancia o acrecentamiento del valor patrimonial, según los casos) se convierte en el criterio fundamental para la inclusión o exclusión en las redes globales. Se constituye así un sistema extraordinariamente flexible y dinámico, pero sometido a fuertes oscilaciones y a una dinámica competitiva que no admite tregua o error. Las redes globales articulan individuos, segmentos de población, países, regiones, ciudades, o barrios, al tiempo que excluyen otros tantos individuos, grupos sociales o territorios. Todos los países y territorios están atravesados por dicha lógica dual, de forma que se crean redes transnacionales de componentes dinámicos de la globalización, al tiempo que se segregan y excluyen segmentos sociales y territorios al interior de cada país, región o ciudad. Naturalmente, en proporciones altamente variables según las zonas del mundo en que opere la competitividad. Si en Africa la gran mayoría de la población esta excluida del sistema globalizado (aunque sufre las consecuencias de lo que ocurre en dicho sistema) en Estados Unidos la proporción oscila en torno al 15%, aunque en el centro-sur de Los Angeles asciende al 20%. Esta geografía diferencial de la exclusión social se complica aun más con la geometría variable de la globalización, cuando turbulencias informativas en los mercados financieros propulsan sectores económicos y territorios hacia la prosperidad (Silicon Valley, Finlandia) o la desintegración (Indonesia, 1998,

Argentina 2001) según procesos que solo parcialmente responden a cálculos estrictamente económicos.

Las fuentes de productividad y competitividad en la nueva economía global dependen fundamentalmente de la capacidad de generación de conocimiento y procesamiento eficaz de la información. La cual depende, a su vez, de la capacidad cultural y tecnológica de las personas, empresas y territorios. En la economía informacional, la educación y la innovación se constituyen en fuerzas productivas directas. Pero siendo condiciones necesarias para el nuevo modelo de desarrollo, no son suficientes. Porque en la medida en que el excedente se transfiere al mercado financiero, el comportamiento del mercado financiero, sometido a percepciones de psicología colectiva y a turbulencias informativas de todo origen, influye decisivamente en la riqueza y la pobreza de las naciones. En este nuevo modelo de desarrollo informacional, la sociedad y las instituciones juegan un papel decisivo. Ello es así, por un lado, porque la productividad y competitividad dependen de la calidad de los recursos humanos y de la capacidad estratégica, de instituciones y empresas para articular dichos recursos en torno a proyectos de inversión viables y sustentables. Por otro lado, porque la estabilidad social y política y el eficaz funcionamiento de las instituciones son factores psicológicos esenciales para los inversores globales, de cuyo comportamiento depende, finalmente, el valor de empresas y paises en los mercados financieros.

La globalización, en su encarnación actual de capitalismo informacional desregulado y competitivo, supera a los estados, pero articula a los segmentos dinámicos de las sociedades en todo el planeta, al tiempo que desconecta y margina a aquellos que no tienen otro valor que el de su vida.

IDENTIDAD(ES)

La informacionalización y la globalización son procesos centrales de la constitución de una nueva economía y una nueva sociedad en el cambio de milenio. Pero junto a ellos, y en interacción compleja, otro fenómeno, de índole cultural y política, esta transformando el mundo. El reforzamiento de las identidades culturales como principio básico de organización social, seguridad personal y movilización política. Identidad, en términos sociológicos, es el proceso por el cual los actores sociales construyendo el sentido de su acción atendiendo a un atributo cultural (o conjunto articulado de atributos culturales) al que se da prioridad sobre otras fuentes posibles de sentido de la acción. Puede darse el caso de varias identidades en un individuo, pero tal pluralidad es siempre fuente de tensión. No siempre se define un actor por su identidad, pero cuando el principio de definición es identitario, es un principio fuerte que tiende a cobrar preeminencia sobre otras fuentes de sentido. En nuestro tiempo histórico, las identidades religiosas, nacionales, territoriales, étnicas y de género, aparecen como principios fundamentales de auto-definición, cuyo desarrollo marca la dinámica de las sociedades y la política de forma decisiva. Sin entrar en controversias poco útiles sobre la novedad histórica de esta explosión identitaria, si puede sostenerse que su existencia invalida la tesis de la des-sacralización y des-ideologización de la sociedad moderna. La superación de las identidades, que era el gran proyecto histórico del racionalismo (liberal o marxista) ha sido superado por el renovado poder de la identidad.

Junto a estas identidades fuertes, comunitarias, aparentemente fundadas en experiencia histórica y tradición cultural, hay también el surgimiento de identidades individuales, auto-construidas en torno a un proyecto personal, a un

principio electivo. Tales identidades individualistas son particularmente importantes en sectores sociales o sociedades en que las identidades comunitarias no se desarrollan, pero en las que los principios abstractos de pertenencia simbólica (tales como ciudadanía, clase social etc.) se debilitan como resultado del vaciamiento de contenido histórico de las instituciones y organizaciones que encarnaban dichos principios (el estado- nación, los sindicatos de clase etc.). Una identidad individualista particularmente importante es la identidad familiar, o individualismo familiar, en la que se funde el sustrato comunitario y el proyecto autónomo de existencia, vaciado de todo otro contenido que la afectividad inmediata y defensiva hacia uno mismo y los suyos.

¿Por que se desarrollan las identidades como principios constitutivos de la acción social en la era de la información? Mi hipótesis, apoyada en la observación de movimientos sociales y expresiones identitarias en todo el mundo, es que este desarrollo es consecuencia de la globalización y de la crisis de las instituciones del estado- nación y de la sociedad civil constituida en torno al estado. Explico. La globalización desborda la capacidad de gestión de los estados- nación. No los invalida totalmente, pero los obliga a orientar su política en torno a la adaptación de los sistemas instrumentales de sus países hacia la navegación en los flujos globales. Al hacerlo, los estados tienen que sacrificar intereses de sectores hasta entonces protegidos por él. Es más, la sociedad civil, según la concepción gramsciana original, no se constituye contra el estado, sino en articulación con el estado, orientada hacia el estado: sindicatos, cooperativas, organizaciones religiosas y ciudadanas. Cuando el estado tiene que atender, prioritariamente, a la dinámica de flujos globales su acción hacia la sociedad civil se torna secundaria y por consiguiente el principio de ciudadanía emite un significado cada vez más débil hacia los ciudadanos. En esas condiciones, los sectores golpeados por los ajustes que impone la globalización buscan principios alternativos de sentido y legitimidad. En esa búsqueda la gente se hace consciente del déficit democrático que existe tras el andamiaje institucional e ideológico del sistema político. Y aunque no se suele poner en cuestión la democracia (cuya conquista, casi siempre, costo sangre y lagrimas), surge una oposición explícita a la globalización y a su agente, el estado ex-nacional, ahora agente racionalizador de la globalización, en torno a un principio constitutivo distinto. En muchos casos se separa la nación del estado, oponiendo al estado- nación la nación -estado (nacionalismo francés o argentino); o, bien, oponiendo al estado- nación, la nación sin estado (nacionalismo catalán, escocés o quebecois). En muchos otros casos el principio de etnicidad oprimida se utiliza como fuente de nueva legitimidad democrática (los zapatistas de Chiapas, los kataristas bolivianos). La identidad regional se constituye en principio de recomposición social frente a la crisis del estado nación, como en Colombia. Pero tal vez es la identidad religiosa, fundamentalista o moderada, la que se constituye como el principal principio alternativo de reconstrucción del sentido a escala planetaria. Es el caso del islamismo, del hinduismo nacionalista, del judaísmo ortodoxo, del fundamentalismo cristiano, particularmente influyente en Estados Unidos y entre los evangelistas de América Latina. En forma distinta, el desarrollo del comunitarismo de base en la Iglesia católica latinoamericana proporciona un refugio y un sentido alternativo a las secuelas sociales de la globalización sin control, al individualismo agresivo asociado al neoliberalismo, a la crisis de las ideologías socialistas tradicionales y al formalismo retórico de las declaraciones liberales de ciudadanía. En la mayoría de los casos de movimientos sociales identitarios en el mundo hay un rechazo explícito de la globalización y una denuncia del estado, convertido en rehén de los flujos globales. No estoy interpretando el sentido de los movimientos identitarios, sino constatando el sentido que se atribuyen a sí mismos. Conforme las identidades surgen como

principios constitutivos de la acción social, corroen el principio fundamental de ciudadanía, sobre el cual se basó el estado-nación construido en la edad moderna. Si la identidad fundamental es la religiosa o la nación como entidad histórica, ser ciudadano es aun una fuente de derechos, pero ya no de sentido. El laicismo y el individualismo de la democracia liberal, como construcción racional y abstracta emanante del contrato social, deja de ser el principio de pertenencia y, por tanto, el principio de legitimidad. El poder de la identidad destruye la legitimidad del estado como fuente de sentido. Sometido a las presiones contradictorias de la globalización y las identidades culturales comunitarias, el estado-nación soberano y la sociedad civil constituida en torno a él, entran en un proceso de declive histórico que pareciera ser irreversible.

EL ESTADO RED

Sometido a las presiones de cambio tecnológico, económico y cultural, el estado no desaparece: se transforma. Busca, por un lado, alianzas estratégicas, tanto estables como coyunturales con otros estados, para tratar conjuntamente los problemas planteados por la globalización. Surgen así estados co-nacionales, como es la Unión Europea, con un Banco Central Europeo independiente, una moneda única y, por tanto, una economía unificada, a la que se añaden múltiples instituciones y leyes de ámbito europeo. Se refuerza el papel de las instituciones internacionales, como las Naciones Unidas, la Organización de Estados Americanos, la Organización de la Unidad Africana y las distintas organizaciones de seguridad regionales, en Europa, en el Pacífico, en América Latina. Se constituyen alianzas militares fuertemente integradas, como la OTAN, que, en la práctica, funden las fuerzas armadas de sus miembros en unas fuerzas armadas supranacionales con mando conjunto. Surgen formas políticas sui generis, a medio camino entre estados co-nacionales e instituciones internacionales, como la Comunidad de Estados Soberanos, entre las ex-republicas de la ex-Unión Soviética. Proliferan las áreas de integración económica que trascienden la soberanía económica nacional, como son Mercosur, el Tratado de Libre Comercio Norteamericano o, en embrión, el Acuerdo de Cooperación Económica en el Pacífico y la unión arancelaria de los países del ASEAN en Asia del Sudeste. Y se constituyen instituciones económicas supranacionales, de ámbito global, como son el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, con influencia decisiva en la regulación de la desregulación económica global, bajo control del exclusivo club G-8, en base a la influencia de su opinión en los mercados financieros internacionales. Así, el estado-nación se dota de instrumentos cooperativos de gestión, navegación y negociación en la globalización. El precio es alto: la pérdida de soberanía y el paso irreversible al poder compartido. O sea, se pierde poder para mantener influencia. Pero la alternativa es la irrelevancia de decisiones que ningún estado (ninguno, ni siquiera los Estados Unidos, a pesar de su intento de unilateralismo militarizado) puede aplicar por sí mismo. Es más, ni siquiera esta confluencia de poderes y recursos permite asegurar el control de los gobiernos sobre los flujos de capital, información y tecnología, como se ha verificado en momentos tales como la crisis financiera asiática o los repetidos fracasos en controlar Internet. Pero, al menos, la construcción de esferas de poder compartido permite acrecentar la capacidad de negociación e intervención en relación con los flujos globales.

Por otra parte, el estado-nación, en casi todo el planeta, está buscando su relegitimación mediante la descentralización administrativa y la participación ciudadana. Se transfieren competencias a gobiernos locales y regionales, al tiempo que se democratiza su elección y se intenta fortalecer su capacidad autónoma de

gestión. En algunos casos, esta descentralización va de par con el reconocimiento de fuertes identidades nacionales, regionales y locales, intentando así hacer compatible el principio de ciudadanía política y la afirmación de la identidad cultural. También han procedido los estados a un reconocimiento creciente de la esfera de acción para- pública, mediante el desarrollo de ONGs (organizaciones neo-gubernamentales) que complementan las políticas públicas, articulando recursos privados y desburocratizando la gestión de programas sociales. A menudo las ONGs prolongan su acción en la esfera internacional, en un desarrollo paralelo a la internacionalización cooperativa de la intervención de los estados. La descentralización del estado- nación y su apertura creciente (al menos formalmente) a la participación acentúan su pérdida de poder pero, por otro lado, permiten restaurar parte de su legitimidad en crisis.

Este doble movimiento del estado- nación hacia la cooperación internacional y hacia la devolución de poder a ámbitos sub-nacionales, conduce a la construcción de un nuevo sistema institucional, hecho de redes de órganos gubernamentales de distinto nivel, articuladas a estructuras no gubernamentales. Para cada problema, para cada ámbito de decisión se produce una configuración distinta de la combinatoria administrativa que compone el nuevo estado. Es un estado-red, que funciona mediante la interacción de sus distintos componentes en un proceso continuo de estrategia, conflicto, negociación, compromiso, co-decisión y decisión, que constituye la práctica político-administrativa concreta de nuestras sociedades. Tras la fachada grandilocuente del estado-nación soberano que aun se proclama como tal, los restos de un estado maltrecho por la globalización y las identidades se reconfiguran en redes de colaboración y puesta en común de recursos. La flexibilidad de estas redes y su acceso a mayores fuentes de recursos y competencias permite a los estados no solo sobrevivir, sino prosperar en la era de la información. Sin embargo, la complejidad de la decisión política en ese mundo de redes institucionales, desbordando cotidianamente el ámbito nacional, complica considerablemente la representación y el control democráticos. Falto de un anclaje en una sociedad civil que sea a la vez supranacional y local, el estado-red gana en flexibilidad y eficacia lo que pierde en democracia y transparencia.

Ahora bien, la tendencia histórica-estructural hacia la constitución de un estado-red choca, en estos momentos, con el proyecto unilateral del supoderpoder estadounidense para constituir en el único estado-nación soberano, basado en su supremacía tecnológico-militar, imponiendo así sus intereses y valores a las redes de estados en todo el planeta. Tratare de forma específica las raíces y consecuencias de esa contradicción, tras haber situado la problemática general trazada en el contexto de América Latina.

AMERICA LATINA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XXI

La problemática latinoamericana a principios del siglo XXI puede estructurarse en torno a su relación específica con el informacionalismo globalizado, las identidades y el estado.

Informacionalismo y globalización

La transición al informacionalismo, expresada mediante la globalización, ha transformado profundamente las economías y las sociedades en toda América Latina. En su dimensión fundamental, la financiera y monetaria, la globalización y las políticas de ajuste que de ella derivan han inducido un nuevo marco

macroeconómico, buscando la estabilidad monetaria y el control de la inflación como objetivo prioritario, la liberalización del mercado de capitales, la desregulación económica y la privatización de empresas públicas en casi todos los países. En ese sentido el funcionamiento de las economías latinoamericanas se dio como objetivo aproximarse sustancialmente al de las economías más avanzadas, creando las condiciones para una relativa homogeneización de la inversión de capital y para el libre movimiento de mercancías. Y eso es lo esencial de la globalización: la unificación de criterios de mercado en un espacio económico ampliado. La inversión extranjera, tanto directa como en el mercado de valores, se ha multiplicado, proporcionando recursos para el crecimiento económico y favoreciendo transferencia de tecnología y mejora de la gestión empresarial. El comercio internacional se ha diversificado por sectores y por regiones del mundo. Y se ha dinamizado, en calidad y en cantidad. El Tratado de Libre Comercio en el norte y Mercosur en el sur han constituido áreas económicas crecientemente integradas que amplían mercados y contribuyen a mejorar la competitividad. Pero este proyecto de modernización ligado a una globalización capitalista con escaso control social, tiene dos fallas fundamentales. La primera, su débil capacidad productiva y competitiva en el contexto mundial. La segunda, la incapacidad de integrar en el desarrollo económico a la mayoría de la población del continente, una buena parte de la cual se ve abocada a un proceso de marginación creciente. Veamos las contradicciones del modelo que se dio en llamar neo-liberal.

Desde el punto de vista económico, el punto débil de América Latina continúa siendo sin embargo su débil inserción en el modelo de producción informacional, debido a la falta de flexibilidad organizativa de empresas y a la baja capacidad tecnológica de la mayoría de sus sectores de actividad, tanto en generación como en uso de nuevas tecnologías. Ello implica que la mayor parte de las exportaciones, en todos los países menos Brasil, corresponde aun a productos agropecuarios, materias primas y productos extractivos. La exportación de productos manufacturados, en todos los países, sigue concentrándose en los sectores de menor valor añadido. Las exportaciones de servicios continúan también mayoritariamente en las líneas tradicionales, como turismo (generalmente controlado por tour-operadores globales), con escasa competitividad en los servicios a las empresas, actividad de alto crecimiento y alto valor añadido. Una nueva dependencia, la tecnológica, marca la nueva economía latinoamericana en un momento decisivo de su articulación a la economía global. Por cierto que puede concebirse un desarrollo tecnológico que se traduzca en aumento de exportaciones primarias. Así las economías exportadora estrella de los noventa, la chilena, sigue concentrando sus exportaciones, en buena medida, en la línea agro-alimentaria. Y la utilización de tecnología avanzada, tanto biológica como de gestión informatizada, ha sido importante en la competitividad de las empresas más dinámicas del sector, tanto en Chile como en Brasil.

Con todo, en su conjunto, América Latina está integrada en la nueva economía global. Pero de forma desigual y tal vez insostenible, con altos costos sociales y económicos en la transición, y con amplios sectores sociales y territorios excluidos estructuralmente de ese proceso de modernización e integración económicas. Los índices de desempleo, pobreza y desigualdad varían, pero con excepción de Chile (que ha mejorado su situación social, en parte por el bajo nivel de partida, en comparación con la situación de marginación masiva heredada de Pinochet) han aumentado en el conjunto de América Latina a lo largo de la década. El desarrollo desigual territorial se ha acentuado y la concentración de población y recursos en las grandes áreas metropolitanas sigue creciendo, suscitando tensiones sociales y deterioro medioambiental por falta de control y planeamiento de este proceso de

urbanización acelerada, que ha llevado ya a las ciudades a más del 75% de la población latinoamericana. Se observa una distancia creciente entre el sector moderno, globalizado de la economía y el sector informal y de economía de supervivencia en el que trabaja la mayoría de la población. Si la marginalidad urbana era un mito cuando se formuló su teoría en los sesenta (puesto que la mayor parte de los llamados marginales estaban integrados en la economía formal) en estos momentos si asistimos a dos dinámicas diferentes entre la articulación dinámica y la supervivencia informal. En parte ello se debe a la descomposición/recomposición de la economía por los costos del ajuste, que han desintegrado sectores protegidos de la empresa pública y han estrangulado a numerosas pequeñas y medias empresas por las altas tasas de interés, generando así paro estructural y no solo subempleo. Junto a ello, altas tasas de crecimiento económico han generado un amplio estrato medio-alto urbano de nuevo tipo, ligado a la empresa privada, con altos niveles de educación, sofisticación profesional y patrones de consumo homologables a los estadounidenses y europeos.

La crisis de amplios sectores de la población y de muchas regiones creó las condiciones para su utilización por parte de las mafias globales, que han realizado lo que denomino la conexión perversa, es decir la reconexión de sectores de la población y regiones con la economía mundial, mediante actividades criminales de todo tipo (centradas en el tráfico de drogas y en el lavado de dinero) que encuentran mercados en expansión en las sociedades más ricas. La economía global criminal se ha convertido en un sector altamente dinámico, generador de riqueza y empleo, pero también destructivo e inductor de inestabilidad, en varios países de la región.

La dinámica de la globalización, y la aceleración del crecimiento económico, incontrolado y espoleado por la búsqueda constante de competitividad han conducido a una destrucción masiva del medio ambiente. Tanto en áreas rurales como en las periferias de las grandes metrópolis, se está produciendo un deterioro irreversible del equilibrio ambiental que amenaza con degenerar en verdadero desastre ecológico.

En suma, América Latina está, de lleno, en la globalización. Con sus procesos de crecimiento dinámico, competitivo y modernizador, del que forman parte, hoy por hoy indisoluble, procesos de exclusión social y destrucción medioambiental. Hoy por hoy, con los datos en la mano, y según señalare posteriormente, no es seguro que ese proceso, aunque irreversible, sea sostenible en lo económico, en lo social y en lo político.

Identidades

¿Cómo se relaciona este proceso con la evolución de las identidades colectivas en América Latina? Cabe distinguir, aunque coexistan de forma articulada, tres identidades distintas: la étnica, la regional, la nacional. La étnica se ha manifestado fuertemente en la última década, de Chiapas, Guatemala y Bolivia, al Amazonas, a Ecuador y al resurgir de las reivindicaciones mapuches. Para países como Guatemala, Ecuador y Bolivia es un principio fundamental de identidad, aun fraccionado, como en Bolivia, en distintas culturas. Pero para la mayoría de países latinoamericanos es una identidad específica de comunidades que son minoritarias, marginadas u olvidadas, por lo que difícilmente se ha constituido en principio de identidad más allá de los sectores movilizados por una lucha específica, generalmente defensiva. La integración dominada de la cultura indígena en el Perú o de la cultura africano-brasilera en las ciudades de Brasil, son fenómenos más

representativos de las tendencias en curso que la afirmación de la dignidad de los indios mexicanos simbolizada por las banderas zapatistas o la extraordinaria movilización de los indígenas ecuatorianos, expresada políticamente en el movimiento Pachakutik.

La identidad regional también se ha manifestado con mas fuerza en el espacio publico en la ultima década, marcando comunidades mas allá de la cotidianidad y el costumbrismo. Las culturas regionales colombianas, de Antioquía al Cauca, son principios definitorios de redes de protección social ante la crisis general del estado colombiano. El norte mexicano encuentra su identidad reforzada por su carácter de polo dinámico del nuevo espacio económico, al tiempo que Yucatán y Chiapas buscan principios de movilización identitaria en su lucha contra una marginación creciente.

Pero a lo largo del siglo, el principio identitario dominante en toda América Latina ha sido la identidad nacional. Era una identidad proyecto, como la argentina por ejemplo, una identidad construida en torno a un estado-nación que, ya sea sobre bases populistas o clientelares, afirmaba un proyecto de desarrollo y una especificidad a la vez frente a las piases poderosos (aun sirviéndolos en lo político y en lo económico – pero nunca en lo cultural, véase Mexico-EEUU) y frente a los vecinos, siempre sospechosos de algún mal designio. El estado construye la nación y la identidad nacional aparece como la principal fuente de identidad colectiva, articulada en lo privado a la identidad religiosa y en lo publico a la identidad política – directamente inspirada por el estado (justicialismo, priismo, varguismo, fraccionamiento atroz entre identidades liberal y conservadora en Colombia).

Pues bien, en la medida en que el estado aparece en los noventa como agente de la globalización y en la medida en que se despega de sus bases sociales tradicionales, la separación entre estado y nación lleva a una crisis de la identidad nacional como principio de cohesión social. Con una identidad nacional cuyo principio histórico fue construido por el estado, al desligarse dicha identidad de su sujeto (el estado), para la mayoría de la población la identidad nacional se convierte en un principio débil, en un principio que no basta para construir el sentido de la vida. La identidad nacional tiende a ser suplantada por dos fuentes distintas de sentido. Por un lado, el individualismo (incluido el familismo), legitimado por el mercado, se convierte en fuente de racionalidad y de proyecto. Por otro lado, el repliegue hacia identidades comunitarias más fuertes que una identidad nacional en crisis, lleva hacia un resurgir religioso y hacia el renacimiento de las identidades étnicas y regionales para quienes no las han perdido. Ahora bien, para la mayoría de la población, pareciera que la tendencia dominante fuese la de constituir una comunidad territorial defensiva como apoyo de estrategias de supervivencia individual. No se observa, en general, el surgimiento de un principio identitario unificador que llene la orfandad de una nación abandonada por su estado.

Estado

Por tanto, la evolución del estado parece ser la clave de la crisis y/o reconstrucción de la identidad en América Latina. ¿Que esta sucediendo?

Aunque es arbitrario hablar en general del estado en América Latina me atreveré a formular una hipótesis. Fue, históricamente, un estado débil que, desde los años treinta, construyo su permanencia en base a una alianza con los sectores medios urbanos y con los trabajadores organizados. Sobre esta alianza se construyo un

estado populista (priismo, varguismo, justicialismo) o democrático (Chile, Venezuela, Colombia), pero siempre clientelista. Siempre dependiente de su capacidad para captar la riqueza del país, pagar su cuota a los socios extranjeros y distribuir los recursos al sector urbano organizado, mediante la administración pública, mediante las empresas públicas y mediante un estado del bienestar hecho a la medida de las clientelas políticas. Al margen quedaban los campesinos y los sectores populares no organizados, así como, en algunos estados, los sectores capitalistas autónomos (grupo Monterrey en México). Solo las repúblicas centroamericanas (pero no Costa Rica) y Paraguay, corresponden al cliché del estado instrumento directo y exclusivo de la oligarquía. La política cepalina fue el modelo económico adaptado a las condiciones políticas de ese estado nacional-popular. Cada vez que se intento romper ese equilibrio de alianzas entre sectores populares organizados, clases medias burocráticas y grupos económicos dominantes como capitalistas pero no como actores sociales, se produjo una crisis del estado (Argentina en los cincuenta, Brasil en los sesenta, Chile en los setenta, México en los ochenta). Solo se consiguió una estabilidad relativa cuando de alguna manera, explícita o implícita, dichas alianzas se recompusieron. Pero en los noventa, para superar la crisis estructural de los ochenta, el estado intento asumir un nuevo papel: el de modernizador en el marco de la globalización. Es un papel contradictorio porque, a diferencia del estado desarrollista, la modernización como adaptación a la economía global, consiste sobre todo en traspasar al mercado lo que era del estado. Para llevar a cabo ese proyecto, indispensable para la modernización tecnológica y la participación del sector dinámico de la economía en el nuevo capitalismo global, los estados utilizaron con frecuencia sus apoyos tradicionales para, de hecho, romper los privilegios de dichos sectores y dejarlos expuestos a la competitividad. Del estado nacional-popular se paso al estado liberal. Esa fue la política de Pinochet, en su versión autoritaria; la política de Salinas y luego de Zedillo y Fox (pese a las diferencias de aparatos políticos), la política de Menem, la política de Sánchez Losada, la política de Fujimori. La política de Cardoso corresponde a ese esquema en sus objetivos, pero no en sus apoyos políticos. Para sentar las bases de una política liberal, Cardoso busco apoyos de centro-derecha, enfrentándose de hecho a la coalición de centro-izquierda que represento los intereses del sector popular clientelista del estado. Este proyecto de adaptación a la nueva economía global tuvo una conducción política en distintas versiones. Algunos gobiernos, como el de Cardoso, lo hicieron con sensibilidad social y respeto democrático. Otros, como Fujimori, de forma autoritaria. Otros, como el de Menem, mediante el sostenimiento artificial de la economía a través de la venta del patrimonio nacional, junto con la compra de complicidades políticas mediante la corrupción generalizada. Otros, como en México, profundizando la exclusión social al dar prioridad absoluta a la integración en la economía norteamericana. Pero en todos los casos se desmontaron buena parte del sistema de alianzas en torno al estado del que dependían las clases medias urbanas tradicionales y los sectores obreros organizados. Aun así, los gobiernos modernizadores ganaron elecciones en aquellos países (Argentina, Brasil) en que para la mayoría de la población las condiciones de vida mejoraron (pese al aumento de la desigualdad) y la inserción en el sistema global ofreció una perspectiva. Pero eso solo duro mientras duro esa mejora de condiciones sociales y se convirtió en debacle electoral y política, como en Argentina, en cuanto se revelo la fragilidad del proceso. Allá donde los sectores agrupados en torno al estado fueron suficientemente fuertes para frenar a liberalización (Ecuador, Colombia y, sobre todo, Venezuela) se caotizó la economía entre medidas formalmente liberales para consumo externo y el mantenimiento de los intereses corporativos en torno a la economía pública. En México, el proceso fue mas complicado en la medida en que las clases medias urbanas rompieron definitivamente con el PRI, mientras que los sectores populares organizados

decidieron apostar a una nueva ronda de clientelismo, mientras pudiese durar. No duro mucho y el estado PRI empezó su descomposición (aunque esta lejos de haber terminado su recorrido histórico) Pero el resultado generalizado fue la quiebra del estado corporativo y/o clientelista, la ruptura de las alianzas sociales, la fragmentación del sistema político y la recomposición de la dirección política en torno a liderazgos personalizados democráticos (es decir, refrendados por procesos electorales). En el caso mas extremo, en Venezuela, la corrupción generalizada de la clase política venezolana y su intento de aferrarse al estado clientelar llevó a la crisis general de ese estado. El inicial plebiscito popular en favor de Chavez, expreso un nuevo tipo de populismo que, a diferencia de los demás gobiernos, planteo una alternativa nacionalista a la globalización, abriendo así un proceso cuyo desarrollo y desenlace todavía abiertos están llenos de significación y dramatismo. Allá donde la clase política oscila entre el salto adelante de la liberalización y el mantenimiento del estado tradicional, como en Colombia, el estado entra en descomposición, momento que pudo ser aprovechado por fuerzas insurreccionales que habían mantenido una resistencia testimonial en nombre de los marginados de siempre. En el contexto de la economía criminal y del intervencionismo estadounidense, el proceso desembocó en guerra civil abierta.

En resumen, el estado-nación latinoamericano dejo de ser nacional en la década de los noventa, con la excepción de Chile, Costa Rica y Brasil. Pero aun en estos casos, sus adhesiones globales contaron mas que sus legitimidades nacionales. Como consecuencia, se rompió la alianza tradicional con los sectores medios urbanos y sectores populares organizados, que son aun la base del sistema político latinoamericano. Ello conduce a la recomposición del sistema político de representación y liderazgo, y a la creación de una política dependiente de personalidades y de una relación mediatiza con las masas populares. Un populismo mediático agente de la globalización en contraste a un estatismo corporativo defensor de la nación son los dos proyectos en competencia y en busca de apoyos sociales. Entre ambos, la capacidad integradora del estado se ha perdido. Y la ideología del mercado sustituye a la ideología de la nación

Pero la crisis del estado es también consecuencia de la descomposición de la clase política en muchos países como resultado de dos procesos inter-relacionados que desembocan en una practica política autodestructiva: la política del escándalo. El primer proceso es la penetración del estado y del sistema político por redes criminales organizadas. No es un fenómeno significativo en todos los estados, por ejemplo no lo es en Chile y no parece que en Brasil vaya mucho mas lejos que la tradicional corrupción de las mafias policiales. Pero, los medios de comunicación han revelado corrupción sistémica en Colombia, en Bolivia, en Paraguay, en Venezuela, en la mayor parte de América Central y el Caribe y, con particular intensidad, en México, en donde la crisis violenta que sufre México no es separable de las luchas que libran los carteles mexicanos del narcotráfico por obtener influencia en los distintos niveles del estado. La corrupción resultante de esta penetración criminal deslegitima al estado y bloquea su capacidad de maniobra en un momento decisivo de su reorientación.

El segundo proceso al que hago referencia es la emergencia, en América Latina como en el resto del mundo, de una nueva forma de competencia política, la política informacional. Se trata de que los medios de comunicación se han constituido en el espacio preferente de la política. No es que los medios controlen la política, sino que los lideres y partidos políticos compiten entre ellos y se relacionan con los ciudadanos en y por los medios. La política mediatiza tiene sus reglas, a saber la

personalización de los liderazgos y la credibilidad de personas y siglas como valor fundamental en la formación de la opinión de los ciudadanos. Si lo esencial para ganar el apoyo popular es establecer dicha credibilidad, el arma de lucha política esencial es destruir la credibilidad del adversario. Y para ello el medio más eficaz es la difusión en los medios de comunicación de informaciones negativas sobre personas y organizaciones políticas. La mayor parte de esas informaciones provienen del entorno de los propios partidos, así como de grupos de interés que tienen por objetivo el desgastar a una persona o partido. Son filtraciones a los medios más que periodismo de investigación lo que alimenta la política del escándalo. Los niveles de corrupción son suficientemente altos como para proporcionar abundante material. Pero si no hay bastante, se fabrica, se manipula, se desinforma. Y como todos (o casi todos) lo hacen, y como hay que tener munición en reserva para disuadir al adversario, el debate político aparece dominado cada vez más por las denuncias, contra-denuncias y desmentidos sobre la corrupción y abusos de poder de la clase política. Y como los medios de comunicación son cada vez más flexibles y omnipresentes en la vida de la gente, son esas imágenes, y no los debates sobre alternativas políticas, los que constituyen la relación entre el ciudadano y el estado. Así, en países como Chile, aun sin penetración significativa de la economía criminal, la corrupción y el escándalo también han pasado al primer plano de la escena política. El resultado es el desprestigio de la clase política y de la legitimidad del estado.

Tras haber visto disiparse la relación entre estado y nación, los ciudadanos asisten a la disociación entre representatividad y legitimidad. La crisis del estado se dobla de la crisis del sistema político. La deriva política conduce a la deriva de la identidad

Conclusión: la crisis de la globalización en América Latina y los actores sociales para su tratamiento.

La contradicción entre los requisitos de funcionamiento del nuevo sistema de producción y organización social estructurado globalmente y las condiciones concretas de América Latina al inicio del siglo XXI se traduce en una crisis multidimensional que tiene expresiones distintas según como se manifieste esa contradicción en cada país. Si bien, México es probablemente un caso distinto porque, en la práctica, es más bien parte de la economía y sociedad norteamericanas (California es cada vez más mexicana) que de América Latina. En concreto:

La integración en la globalización sin informacionalismo conduce a una estructura socioeconómica excluyente, por lógica de redes, de gran parte de la población y territorio, mediante redes que integran y marginan a la vez. El antídoto es el salto directo al informacionalismo y la progresión de una globalización por etapas, mediante integración comercial regional (tipo Mercosur) y mediante la regulación de los flujos de capitales. Funcionar como California o Francia sin serlo, conduce a la economía ficción tipo argentino y tiene límites concretos en cuanto desaparecen las reservas en que se basaba la homologación financiera. Por tanto, hay, por un lado, exclusión social, por otro lado no sostenibilidad económica. Para las reformas técnico-económicas hace falta un apoyo social que, tras una década de adaptación a la globalización y repetidas crisis de legitimidad, parece agotado en la mayoría de los países, con la posible excepción de Chile.

Cuanto más se agota la base de acumulación global en el país, mas se concentran los recursos en el sector globalizado, en la elite política y en sus círculos de apoyo concretos, con lo cual se achica su base social. Aumenta posiblemente la corrupción de la clase política en la medida en que en el salvase quien pueda, las elites se salvan ellas mismas en primer lugar.

Ya disminuida la legitimidad política nacional, sustituida por la legitimidad del mercado, la incapacidad de redistribuir y hacer participar mediante el mercado, conduce a una crisis general de legitimidad. Esto limita la capacidad de reforma del estado y su apertura democrática, por el temor de perder el control del proceso de apertura.

La identidad nacional no desaparece, pero se disocia del estado, por lo cual es apropiada por distintas expresiones reivindicativas, no necesariamente compatibles. En ese sentido se convierte mas que en identidad en ideología, fraccionada entre actores no nacionales. Las identidades étnicas y territoriales cobran fuerza, fraccionando aun más la fuerza integradora de la identidad nacional.

En el limite, hay crisis económica, crisis social y crisis de legitimidad política, llevando incluso a crisis del estado mismo. Según la dimensión dominante, el sistema se hace insostenible en una u otra dimensión, pero todos los factores están presentes en las crisis de todos los países. Así, pensando en la situación en 2002-2003, la crisis argentina surge como expresión de la insostenibilidad de una economía globalizada sin bases reales para sostener una convertibilidad paritaria con el dólar, agravada por la corrupción de una clase política privilegiada, desembocando a una crisis de confianza en las instituciones financieras (el corralito) y en la clase política ("que se vayan todos!"). Cuando la contradicción es entre un estado débil y una economía criminal pujante, se llega a la quiebra del estado y, al intentar recomponerse el estado en términos militares con apoyo estadounidense, a la guerra civil, como en Colombia. Cuando se disocia por entero la base social del estado entre las clases medias aspirantes a la globalización y los sectores populares en búsqueda de un estado populista, se rompe la legitimidad política y la identidad nacional a partir de una oposición de clase, amenazando una guerra de clases y una ruptura del estado en términos distintos de la imagen clásica del marxismo latinoamericano, pero semejante a los populismos revolucionarios: ese parece ser el caso, cada vez mas grave, de Venezuela. Cuando la identidad nacional es traicionada por la globalización dolarizada, como en Ecuador, surgen con fuerza identidades alternativas, de base indígena, como formas de expresión de las luchas de los excluidos. No es tan distinto de las contradicciones expresadas por el movimiento zapatista, aun no resuelto en México, o de movimientos comunitarios en otros países.

En suma, sin informacionalismo, sin regulación gradual de la globalización, sin estado reformado, sin legitimidad política, sin control de la economía criminal, sin principios de identidad compartida y sin formas de debate y participación política de los grandes sectores excluidos, la globalización imperfecta de América Latina no parece sostenible, aunque esto sea materia de investigación mas que de afirmación.

La reconstitución de una relación estable y dinámica entre economía, política y sociedad, pasa por la reconstitución de actores sociales específicos capaces, en cada contexto, de llevar a cabo esa articulación. Hace cuatro años pensaba que solo los gobiernos nacionales, pese a todo, podrían ser capaces de dicha articulación. Pero la crisis de legitimidad se ha profundizado. Los problemas sociales se han

acentuado. En cualquier caso, los gobiernos, solos, no serán capaces de hacer sostenible el nuevo sistema. Y en términos globales, USA no está dispuesto a reformar, sino que da prioridad absoluta al imperativo de su seguridad, a partir de la paranoia defensiva-ofensiva suscitada por el 11 de septiembre. La Unión Europea no tiene aun política clara sobre el tema, aparte de buenas palabras. Por tanto América Latina tiene que construir su espacio autónomo en una globalización regionalizada. Para esa construcción, la relación entre gobiernos y actores sociales es decisiva. ¿Cuáles son esos actores? Los tradicionales (sindicatos, campesinos etc.) son esencialmente representantes de intereses corporativos, poco capaces de definir en términos propios un proyecto de inserción en la globalización. Los movimientos identitarios son formas de repliegue comunitario, esenciales para la supervivencia, pero agravan la crisis de sostenibilidad del sistema en su conjunto.

En cambio, el llamado movimiento anti-globalización (o por la justicia global, en los términos de sus actores) es muy importante. Ha cambiado el debate sobre el sistema, ha abierto opciones posibles. Ya no es anti, sino por otra globalización. Pero en sí no es un actor, ni tiene contenidos. Es un conjunto de actores y de intereses y valores amalgamados, y es global y local a la vez, esa es su fuerza. Por tanto, no es un programa (y cuando se elaboran programas se fragmenta, el Foro Social Mundial versus Acción Global de los Pueblos). Es en realidad un gran movimiento democrático, el no a la globalización sin representación, lanzado en Seattle. Propugna un mecanismo y un debate sobre los contenidos de la globalización, replantea el control social y político de la economía y la tecnología a partir de la sociedad y la política. Pero como no es un actor en sí, necesita la mediación política. Puede ser principio de relegitimación para aquellos estados y gobiernos que lo asuman como tal, aun con la necesaria distancia. En cierto modo es el embrión de una sociedad civil global, junto con la densa trama de más de 30.000 ONGs operando internacionalmente. La movilización por una globalización alternativa agrupa a un sistema complejo de actores. No hay un actor central. Es un movimiento social red, intentando conectar a nodos del estado red que emerge en la sociedad red y en un contexto de redes globales de riqueza, información y poder. Así pues, parece que la configuración concreta de actores sociales, parte de actores locales y nacionales, tanto reivindicativos como identitarios, específicos para cada país, que después van conectándose, superando sus estrechos límites, en ese movimiento por una globalización alternativa que generaliza sus proyectos y les proporciona alcance operativo en el nivel en donde se deciden hoy por hoy la suerte de las sociedades, el nivel global. ¿En que medida pueden los estados responder positivamente a esta última posibilidad de hacer sostenible el sistema? En la medida en que maximicen su autonomía como actores políticos, por un lado con respecto a los intereses inmediatos que representan (incluido los suyos propios como individuos dispuestos a enriquecerse) y por otro lado con respecto a la red global de intereses y estrategias en la que están inmersos. Es decir, la autonomía política puede permitir crear un espacio nuevo de representación en que los nuevos actores sociales puedan emerger y dar sustento social a la representación política colectiva en el contexto de relaciones globales. Los actores se articulan entre ellos globalmente y con respecto a los gobiernos o sistemas políticos local y nacionalmente. Solo en la medida en que esa doble relación consiga un espacio de decisión específica a cada sociedad, puede producirse una doble regulación de la globalización en base a los intereses y valores sociales exteriores a los mecanismos automáticos de dominación económica e ideológica inscritos en las redes globales dominantes. Solo entonces la globalización será sostenible. Porque será la globalización de las personas, no del capital.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2003 -2006 